

Todos odian a Bolaño

Apuntes para una tradición de “lo contra” como paradigma crítico



Roberto Rodríguez Reyes

Departamento de Estudios Hispánicos, Brown University. Providence, Estados Unidos.

Recibido: mayo de 2024
Aceptado: agosto de 2024

Resumen

Este trabajo rastrea algunos de los posicionamientos en contra que suscitó la figura de Roberto Bolaño, desde que se convirtiera en un fenómeno editorial y de lectura tras la publicación de *Los detectives salvajes* (1998). A diferencia de los estudios sobre la recepción crítica de su obra, aquí se ensayan algunas reflexiones a partir de textualidades que pertenecen al territorio del gusto y la doxología, al comentario afectivo y las reacciones reivindicativas de algunos de sus contemporáneos. Tratando de esbozar una posible tradición de “lo contra”, sin ánimo de exhaustividad, se revisan algunos indicios de la existencia de dos sendas polarizantes del juicio que acompañaron el proceso de canonización. Basado en los aspectos análogos de ambas dimensiones, se argumenta que el entramado antinómico que estas generaron hizo posible, no solo crítica sino performativamente, la llegada de una propuesta alternativa para seguir leyendo a Bolaño cuando parece imposible hacerlo sin repetirnos.

PALABRAS CLAVE: contra Bolaño, juicio crítico, opinión crítica, crítica del gusto.

Against Bolaño: alternative ways to deal with the eclipse

Abstract

This paper traces some of the positions against the figure of author Roberto Bolaño since he became a publishing and reading phenomenon after the release of *Los detectives salvajes* (1998). In contrast to the scholar studies on the critical reception of his work, here are addressed some reflections based on textualities that belong to the territory of taste, the doxology, the affective opinion, and the reactions in his defense by some of his contemporaries. Trying to outline a possible tradition of “the against”, here it is reviewed some symptoms of the existence of two polarizing paths of judgment that accompanied Bolaño’s literary canonization. Based on the

analogous aspects of both dimensions, it is argued that the antinomic framework they generated made possible, not only critically but performatively, the arrival of an alternative proposal to continue reading Bolaño when it seems impossible to do so without repeating ourselves.

KEYWORDS: against Bolaño, critical judgment, literary opinion, taste criticism.

Contra Bolaño: formas alternativas de lidar com o eclipse

Resumo

Este artigo traça algumas das posições opostas que a figura de Roberto Bolaño suscitou desde que se tornou um fenômeno editorial e de leitura após a publicação de *Los detectives salvajes* (1998). Em contraste com os estudos sobre a recepção crítica de sua obra, oferecemos aqui algumas reflexões baseadas em textualidades que pertencem ao território do gosto e da doxologia ocasional, do comentário afetivo e das reações vingativas de alguns de seus contemporâneos. Em uma tentativa de delinear uma possível tradição do “contra”, revisamos algumas indicações da existência de dois caminhos polarizadores de julgamento que acompanham o processo de canonização. Com base nos aspectos análogos de ambas as dimensões, argumenta-se que o quadro antinômico que geraram tornou possível, não só de forma crítica, mas também performativa, a chegada de uma proposta alternativa para continuar a ler Bolaño quando parece impossível fazê-lo sem nos repetirmos.

PALAVRAS-CHAVE: contra Bolaño, julgamento crítico, opinião crítica, crítica de gosto.

La poeta Anne Carson nos deja abierta la página de esa subliminal enciclopedia del deseo que es su libro *Decreación* para tomar lo que nos venga en gana. Sus texturas se agolpan, tropiezan entre sí, se lanzan fuera. Desborde. Con ellas vendrá la frase, tardía, siempre tardía. Una que, en algún punto, identifico, bien pudiera inaugurar el curso délfico de cualquier joven Werther hoy día o presidir el frontispicio dórico y agrisado de toda Facultad de Letras que aún no haya hecho aguas ante el siglo XXI. Llevada al español, dice algo así como “Las analogías drásticas abundan en la literatura de la totalidad” (Carson, 2019: 212). La escribo. Es una frase enfática y masiva. Implosiona. Demasiada abstracción, demasiada fricción. Totalidad, literatura, abundancia. En verdad, Carson está hablando de eclipses. Los totales contra los parciales. Y de la atracción que ha despertado en unos cuantos poetas de la tradición occidental: Virginia Woolf, Emily Dickinson, Anny Dillard, Píndaro, Arquíloco. Resulta que de su regodeo por la literatura y los días, Carson ha sacado en claro que los eclipses totales (son el punto) han llevado a varios escritores a establecer metáforas asombrosas, inéditas, que casi pudieran considerarse, también, disparatadas. Por supuesto, no será ella quien lo estime así. O al menos no exactamente. Ella las rescata y las escande en su ensayo para admirarlas, como quien guarda caracoles y los pone a “dormir” en una cajita que alguien más encontrará y admirará. Colecciona metáforas sugeridas por la totalidad de los eclipses en tanto muestras de analogías en las cuales el trayecto que va de la forma o palabra al referente o cosa es una madeja de laberintos circulares, un no llegar a ningún lado más que a la confirmación de lo extravagante del recorrido y lo extremo del acto de lograr semejantes enlazamientos. No hay lugar pero sí *topos*. La condición de posibilidad, nos insinúa la poeta, está en la t(r)opología de la totalidad.

Semejante inferencia, sumada a la mención del poeta Arquíloco de Paros, hoplita y precursor, me hizo pensar de inmediato en otro lugar común de lo que la crítica empezó a relacionar también con algo que llamaríamos (y me incluyo) la literatura de la totalidad —sin dudas por razones diferentes—, en los terrenos de la narrativa latinoamericana del siglo XX. Por supuesto, hablo de Roberto Bolaño y de las decenas —y sin contar— de textos que asociaron su obra con lo total o, para ser más preciso, con disímiles manifestaciones de lo total.¹

Es muy posible que, si siguiese el “método” de Carson, encontraría más de un pasaje en la obra de Bolaño jugueteando con los eclipses. Seguramente, incluso, me lo tope a él mismo mirando alguno frente a frente, como lobo forajido, pero sin ninguna protección (a diferencia de cómo se lee en Carson), sin “un fragmento de cristal ahumado” (Carson, 2019: 213); o sea, sin filtro entre el coqueteo de sombra y colores de los satélites y sus ojos. Entre Bolaño y la tradición no cabía más filtro que su propia vanidad. Esa vanidad, lingüística y retórica, que terminaría confirmándose en el autor que hoy reconocemos, es la que me lleva a pensar a Bolaño no como el depositario de esos efectos cuasi licantrópicos que ante los ojos de Carson alteran las proporciones de ciertas lógicas del sentido *ad usum* en los poetas que menciona y cita, sino como el ser mismo de una totalidad, o mejor, como la totalidad misma. En ese territorio sin límites pero liminal a la vez, abundante al extremo y logorreico incluso en la sobrevida, orientado en intención y en gesto, siempre al desborde de la página y del texto y del canon, orquestado desde la tradición para ser negada y afirmada, jugando al juego impertinente de la literatura, una que evita ser anagógica para demostrar que de nadie es el reino, que lleva en la ambición la marca de su propio fracaso, que gusta de simular parecerse a la vida para dejarnos deformes ante la simulación, con demasiado espacio para todo lo que no es literatura y hacer creer que todo lo es, se erige la obra total de Roberto Bolaño, fértil en engendrar lectores extremistas, divisiones difíciles de suturar, vicarios de la doxa, entusiasmados e inflamados cotilleos, derrapes de café, *odi et amo*.

Si se me permite la *boutade*, me gustaría reflexionar en este artículo sobre el fenómeno de canonización (que no es más que la confluencia de las demasiadas lecturas desde todos los espectros, medios y lugares de enunciación que hicieron posible esa argamasa simbólica, cosa, mónada, revoltijo y énfasis que hace más de veinticinco años venimos llamando “Roberto Bolaño”) como una suerte de “eclipse” que ha excitado las más disímiles analogías, bipolares, antipódicas, equidistantes a veces, extremas muchas. Etimológicamente, la palabra “eclipse” asumía los semas para los griegos de desamparo, abandono, alejamiento. Bolaño, o su figura autoral, se plantó en la tradición hispanoamericana y generó una crisis en la opinión y el gusto, o lo que es lo mismo (también etimológicamente hablando), hendió una herida en los lectores del siglo XXI mientras también se partía el tiempo entre dos milenios. Sin ambages, una apoteosis de consenso respecto de su calidad, talento, grandeza, y demás cualidades olímpicas que se le concedieron, trajo aparejada una retahíla de posiciones reactivas que se declaraban en contra del fenómeno masivo que les reventaba en la cara, y se colocaban en un lado opuesto, si más extremo mejor: la doxa crítica sobre Bolaño

1 La crítica periodística y académica, así como las propias editoriales por medio de sus notas de solapa y contracubierta, stands en ferias y demás, empezaron a asociar la narrativa de Bolaño con patrones semánticos y estéticos relativos a la totalidad y lo total, en especial, a partir de la publicación de *Los detectives salvajes* (Anagrama, 1998; Monte Ávila, 1999). Con la edición de más de mil páginas de *2666* (Anagrama, 2004), el discurso de la totalidad se potenciaría. Unos echarían mano a la multiplicidad de géneros literarios visiblemente conjurados, otros a la diversidad y cantidad de tradiciones literarias o de registros discursivos auscultables, otros resaltaron los sociolectos o el uso de variantes del español, otros apelaron a la metafísica, las teorías de los límites, las esferas. Yo mismo, urgido por los requisitos escolares, sometí el concepto de “novela total”, rumiado y extendido por los escritores del boom latinoamericano, en particular por Mario Vargas Llosa, a un cuerpo a cuerpo con algunas de las ideas que en aquel momento me pareció hallar en los libros, los artículos y entrevistas de Bolaño. Cfr. Corral (2001), Gras Miravet (2005), Moreno (2005), Candia (2006), Rodríguez Reyes (2010), Salas Camus (2018).

quedaría entonces marcada por la polarización. En un contexto mediático en el que el juicio literario mudaba o transitaba entre canales de emisión, de los medios impresos tradicionales (las columnas de opinión en las páginas culturales de los periódicos, los suplementos literarios, las revistas culturales y los anuarios académicos en papel) a los circuitos selváticos de lo digital y de Internet (blogs personales, magazines en línea, versión pdf de los números de las publicaciones periódicas en la web), la doxa literaria empezaría a manifestarse ya no sólo con los códigos de las planas, donde la opinión se ajustaba a cierto paradigma editorial, lingüístico, epistémico incluso, sino también con algunos que tradicionalmente provenían de espacios más informales y analógicos, por llamarlos de algún modo, menos reprimidos por la norma. Esto no quiere decir que antes de la era digital y los años noventa no hubiéramos asistido a ataques literarios en los que los cuestionamientos *ad hoc* y las expresiones de disgusto no exudaban bilis negra incontinida. Pero, me atrevo a aventurar, y siempre como hipótesis por trabajar para los estudios sociológicos de campos culturales y ciudades letradas, que, de algún modo, las afluencias a favor y en contra que generó, y a la cual se debe el fenómeno Bolaño, acarrearón consigo inflexiones, códigos discursivos, expresiones afectivas, dicciones e intencionalidades enunciativas del juicio crítico que podrían reconocerse como inherentes al cronotopo de la opinología en privado: los cafés o el bar, los pasillos y los *after-parties* de los eventos literarios, tertulias, lecturas, ferias.

En este artículo me propongo indagar en esas puestas en acto y escritura “contra Bolaño”. Para eso nos vamos a conducir por una geografía heteróclita, plurimedial y multitonal. De las páginas de medios instituidos de la crítica y el periodismo literario hispanoamericanos, iremos al blog, los comentarios al calzo de las entradas web o las entrevistas sostenidas en vivo en línea, muchas de las cuales hoy orbitan en el insondable basurero de Internet. Sin pretensión alguna de exhaustividad, rastrearemos allí para llamar la atención sobre una misma corriente o posicionamiento: el de (des)leer a Bolaño en su contra. Sin embargo, al interior de esta tendencia, es posible detectar dos agrupaciones casi opuestas, pero que parten de un mismo paradigma de “lo contra”: por un lado, se halla una vía que buscó, desde la simpatía y la admiración, hallar valores estéticos centrándose en las obras, a veces incluso, a pesar suyo —esto es, a pesar de sus lugares comunes, las demasiadas repeticiones de motivos o personajes, las páginas y páginas que pudieran sentirse sobradas, los “defectos”, “deslices” o cuestionamientos estilísticos que pudieran achacárseles—; por el otro lado, una constante crítica menos o nada atendida —por sus característica evasión del fundamento crítico y abierta animadversión *ad hominem*, en ocasiones basada en prejuicios hacia la persona, la obra o ambas, reactivas a los discursos exorbitados por un consenso común que no a los textos literarios propiamente—, que sin miramientos buscó capitalizar en la esfera pública de Internet juicios refractarios a lo que sucedía con el fenómeno Bolaño. Ambas tendencias confluyen en esa especie de trai(d)ición que ha hecho posible que se pueda añadir algo más de color al eclipse total Bolaño, con todo lo matizable que se quiera, aún a veintinueve años de la muerte y a un poco menos del fenómeno cultural que tuvo lugar a raíz de la publicación de *Los detectives salvajes*.

Doxa y antidoxa: perdidos por el camino de Dufays

La primera pregunta que se impone es a qué dimensión de la episteme teórico-crítica hay que recurrir para una aproximación analítica a esas diatribas que no llegan a serlo del todo, los comentarios que no pasan de cinco líneas en una caja al fondo de las entradas html, las maledicencias que no traerían consecuencias ni afectaciones en la opinión pública porque presumiblemente nadie les presta atención, los dichos o escritos que tienen origen menos en la voluntad de saber que en la de opinar desde la gnosis o desde ciertos discursos legitimados por alguna autoridad del saber.

Forzado a dar una respuesta, y partiendo de la manera en que se perciben las manifestaciones contra Bolaño, tanto en el espectro positivo como en el negativo —esto es, de los que lo leen en contra para legitimarlo y de los que hacen lo mismo con una finalidad opuesta—, me inclino a conducir esta reflexión al terreno de la doxa, y, en particular, a la que se asume como un fenómeno ideológico, verbal y narrativo. El profesor y estudioso Jean-Louis Dufays nos ilustra al respecto. Lector atildado y riguroso de ciertos doxólogos franceses, Dufays (2002) analiza conceptualizaciones y usos de la doxa en Roland Barthes, pasando por Marc Angenot y Charles Grivel, y llegando a su propia propuesta. Fatigo (para decirlo con Borges) y me pierdo (para desmerecer a Proust) en adelante en un texto de este entendido.

Si Barthes, dejando escapar las maneras de un escritor comprometido y políticamente parcializado, se limitaba a considerar la doxa como el conjunto de creencias establecidas por una clase dominante (concretamente, la burguesa) y, como tal, la desestimaba en favor de una doxa más crítica (heterodoxa) desarrollada por las ideologías de izquierda, Angenot y Grivel, por la misma época, intentan aprehenderla, antes bien, como un sistema o un todo que funciona en la sociedad en distintos niveles, que van desde el ideológico hasta el discursivo.

Angenot, repasa Dufays, llega a prever la existencia de un “discurso doxológico”. Cuando le toca definir, y después de una serie de distinciones y contrastes que me ahorro, asegura que la doxa es una serie de presuposiciones implícitas (él las llamará luego *ideologemas*), emanadas de un grupo de creencias en las que los miembros de una comunidad dada están de acuerdo, aceptan y comparten. De dichas creencias, se desgaja entonces el conjunto de fórmulas que permiten asociar ciertos sujetos de enunciación con ciertos predicados al interior de un contexto sociocultural. De este modo, los enunciados discursivos podrían ser la puerta de acceso a las representaciones ideológicas de un sujeto social. Por su parte, y en sintonía con lo anterior, Charles Grivel define la doxa a la luz de los universales, como un “conocimiento convencional, ordinario, estándar, una reserva de convicciones y argumentos prefabricados de los cuales no se conoce el origen o el lugar de donde provienen, mas sí sus enunciadore” (Dufays, 2002: 445; la traducción es mía).² Grivel introduce una ligera variación morfológica al término tal cual es nombrado por Angenot, y, aunque refiere prácticamente a lo mismo, hablará de “sistema dóxico” (Dufays, 2002: 445). Para él se trata de un “conjunto *imperativo* de frases” que se manifiesta en el ámbito del discurso a través de expresiones y declaraciones (los *ideologemas* de Angenot) que se instalan al interior de una sociedad dada y “subyacen a la coherencia, no sólo de cada discurso de ideas, sino también de cada lectura, y de cada afirmación relativa a la verdad o a la realidad de un hecho dado” (Dufays, 2002: 445).

Jean-Louis Dufays da un paso más allá en las precisiones y, apoyándose en los autores mencionados, entenderá la doxa como un conjunto de ideas recibidas o dadas que funcionan como un todo o como un sistema ideológico coherente, pero también como un evento particular, “aislado”, dice él, personal, podría agregar yo. Esta salvedad o adición final resulta sugerente si buscamos entender, desde la teoría sobre la doxa, las dos líneas que se acompañan en la tradición de los juicios contra Bolaño que aquí pretendo repasar. Para Dufays, una persona (el sujeto que enuncia), haciendo uso de cierto discurso, podría estar afirmando ciertas ideologías o sistemas de pensamiento sin ser consciente de ello, y esto no lo convierte en un partidario de dicha ideología como un todo. Así lo explica:

² Todas las traducciones de los fragmentos citados de Dufays me pertenecen.

Un mismo discurso podría enviar al depósito de la basura creencias dispersas, procedentes de sistemas ideológicos heterogéneos e incluso contradictorios. Por ejemplo, es posible que alguien adopte una idea xenófoba *ad hoc* y, por tanto, erróneamente (ejemplo: “este hombre tiene cabeza de extranjero, así que desconfío de él”), sin aceptar el sistema de creencias xenófobas en su conjunto. Se puede decir que, debido a su propio carácter inconsciente, la doxa es a menudo una opinión aislada, no sistematizada, y que, si pertenece a un sistema de pensamiento más amplio, ese sistema está a veces lejos de ser utilizado como un todo por el hablante. (2002: 446)

Si bien el ejemplo usado por Dufays pertenece al ámbito de la ideología política, es posible intentar una traslación de semejante tensión entre la doxa aislada o personal y la doxa como un todo al interior de un sistema doxológico o un microsistema del tipo del que articularon los discursos críticos, lectivos e interpretativos a propósito de la obra de Roberto Bolaño. Por supuesto, este microsistema doxológico que tiene por centro al chileno funcionaría al interior de uno mayor, informado por ideologías, sistemas de pensamientos filosóficos o religiosos, así como de otros que Dufays considera más informales, como la doxa de los medios, la de ciertos grupos profesionales (ingenieros, escritores, etcétera), o incluso la de ciertas tendencias sociopolíticas como la corrección política. Tomando como punto de partida estas exquisiteces teóricas y epistémicas, en lo que sigue, entenderé la doxa como el conjunto de expresiones asociadas a discursos resultantes o emanados de sistemas ideológicos provenientes de la filosofía, la religión, la política y la cultura (entendiendo esta como cultura artístico-literaria), y del que sus enunciadorez no siempre son conscientes ni es posible llegar a conocer del todo el origen de sus enunciados. En adición a esto, a los efectos de este artículo, necesito reconocer, además, la existencia de lo que voy a llamar una “doxa literaria” y, en particular, de una doxa crítica articulada a partir de los discursos de diversos tipos y formatos que estimuló la obra de Roberto Bolaño, o lo que me veo tentado también a denominar el “fenómeno Bolaño”. Al conjunto de enunciados que tanto a nivel de discurso como retórico buscan oponerse, negar o devaluar este sistema doxológico es a lo que me referiré como una “antidoxa”.

Por último, Dufays proporciona una serie de características de la doxa que nos sirven como punto de partida si, como es el caso, pretendemos tomarla como objeto de análisis en contextos concretos. Resulta que la doxa, entendida como “expresión”, podría distinguirse en tanto discurso estereotipado propio de una *figura* histórica (César, Molière, Fidel Castro) o de una *figura* de ficción (Quijote, Emma Bovary) o de carácter general (el “buen padre”, la “buena madre”); asimismo —continúa Dufays—, hay doxas que pertenecen a ciertas escenas o espacios (desde generales como la galaxia, el mundo, el bosque, el lago, América; hasta particulares, como Hollywood, París, el Barrio Rojo, la Plaza de Mayo); o doxas que se articulan basadas en contextos temporales (el Renacimiento, la modernidad, la posguerra, pero también el reinado de Napoleón o el año 1968). En esta misma cuerda, asegura el estudioso, existen doxas de acontecimientos (la Segunda Guerra Mundial, el Mayo Francés, la matanza de Tlatelolco), o doxas de “cosas”, “ya sean motivos concretos (como las gafas, la manzana, el árbol) o temas o nociones generales (como el amor, la muerte, el trabajo, el tiempo, la enseñanza, la literatura)” (2002: 447).

Apoyado en esta disquisición de Dufays, pero sólo como quien lleva un bastón que le queda corto, podría tenerme por listo para entrar en la doxa que destila el fenómeno Bolaño, y que lo constituye. Es imprescindible aclarar que no será el momento aquí de hacer una delineación, descripción, ni caracterización (ni formal, ni estructural, ni funcional) ni, mucho menos, un análisis exhaustivo del sistema doxológico que se erigió y pervive motivado por Bolaño. Aquí me voy a limitar a pasar revista y llamar la atención sobre algunas de las expresiones al interior de ese sistema, esas que hacen posible definir la existencia de una tra(d)ición crítica, axiológica pero también

performativa de “lo contra”, que, en distintas formas, contribuyó a la construcción de la “función autor” Bolaño (para decirlo con el viejo Foucault) y que ha propiciado, de cierta manera, que todavía hoy podamos seguir escribiendo sobre él.

Antidoxa: biografismo y política como fuentes de “lo contra”

Es célebre ya entre los estudiosos de Bolaño, y lo fue entre sus lectores más felices (los que no lo estudian a digo, y se dieron el lujo tan sólo de leerlo), aquel texto de Jorge Volpi que parecía una celebración del amigo chileno y a la vez una declaración de hartazgo (volveré sobre ello).

El paraguayo admira a Bolaño, los argentinos admiran a Bolaño, los mexicanos admiramos a Bolaño, los colombianos admiran a Bolaño, la dominicana y la puertorriqueña admiran a Bolaño, el boliviano admira a Bolaño, los cubanos admiran a Bolaño, los venezolanos admiran a Bolaño, el ecuatoriano admira a Bolaño, vaya, hasta los chilenos admiran a Bolaño. Poco importa que en lo demás no coincidamos —excepto en nuestra fascinación por los mojitos y el aguardiente—, que nuestras poéticas, si es que tan calamitosa expresión aún significa algo, no se parezcan en nada, que unos escriban de esto y otros de aquello, que a unos les guste encharcarse en la política, y a otros abismarse en el estilo, y a otros nadar de muertito, y a otros hacer chistes verdes o amarillos, y a otros irse por la tangente, y a otros machacarnos con detectives y asesinos seriales, y a otros más darnos la lata con la intimidad femenina o masculina o gay: todos, sin excepción, queremos a Bolaño. (2008: 80)

La cantinela de Volpi nos transporta, ya no sólo por el contenido sino también por el estilo, al consenso sobre la calidad literaria de Bolaño que se conseguía percibir, respirar, leer, al menos en Hispanoamérica en la primera y segunda década de los 2000. La reiteración carga consigo también la sensación de cansancio por la ubicuidad del nombre y los halagos, por la comunidad de opinión y la imposibilidad de escapar a esa fuerza que atrae a todos sin importar procedencias, gustos, preferencias, afinidades. El sistema doxológico de Bolaño está articulado por discursos de distintas nacionalidades y migraciones, por tonos diversos y dispersos, ideologías de disímil cariz político, formaciones y educaciones varias, historias de vidas impensables. Parte de la asociación del fenómeno Bolaño con los semas y discursos de la totalidad provienen del vulgar aspecto de la cantidad y el no menos obvio (por más rico que sea) de la diversidad. Cuando Volpi escribe su texto, Bolaño había muerto hacía cinco años y su carrera meteórica hacia el canon no dejaba de enceguez a muchos lectores y de generar adoración. Esa comunidad de juicios que imponía la valoración literaria positiva, informada por la axiología culturoológica de la literatura occidental, habría hecho posible que el microsistema doxológico de Bolaño se fuera formando con una veta contraria, tuviera una composición, si lo miramos figurativamente, polar: una doxa y su antidoxa. Las circunstancias que engrosan su conversión en monstruo global de las letras (la publicación en estampida de dos colecciones de cuentos y ocho novelas en tan solo diez años, el paso abrupto del anonimato a la celebridad global, las distintas leyendas generadas por su pasado biográfico, geográfico y político, la circulación expansiva de sus obras, la ocurrencia de la muerte y la sobrevida tramada por familiares, amigos, lectores de todo tipo) serían caldo de cultivo para que proliferaran en este sistema doxológico los extremos y los extremismos, las antípodas y polaridades que están implícitas en un fenómeno en esencia totalizador, extraliminal, desbordado (en el tiempo, en la historia, en la geografía), y que, por tanto, se negocia entre el todo y la nada, el alfa y la omega, el favor y su contrario.

Cuando Volpi escribe su texto (2008), está trayendo al sistema doxológico, que tiene a las publicaciones culturales como canales de expresión, el malestar antidóxico que se estaba manifestando en los territorios de la opinión oral, esos terrenos informales

donde se derrapa repitiendo fórmulas y gestos, y de los que los enunciadores orales se abstienen de llevar a los mecanismos legitimantes de la doxa crítica. Aunque el mexicano se auxilia todo el tiempo de la ironía para, a la vez que aprecia y celebra, dejar escurrir ese nuevo malestar en la cultura que genera Bolaño, hay un momento en su ensayo (exquisito estilísticamente, hay que decirlo) en que se hace explícito el desafecto de cierto sector de escritores. La variable que destaca es la cuestión etaria.

Los escritores que tienen más de treinta y nueve años, once meses y treinta días — con las excepciones de algunos hermanos mayores, en especial el trío de rockeros achacosos formado por Fresán, Gamboa y Paz Soldán— por lo general no admiran a Bolaño, o lo admiran con reticencias, o de plano lo detestan o les parece, simple y llanamente, “sobrevalorado” (su palabra favorita). Si no me creen, vayan y hagan el experimento ustedes mismos: busquen un escritor menor de cuarenta (los encontrarán sin falta en el bar de la esquina) y pregúntenle por Bolaño: más del ochenta por ciento, no exagero, dirá que es bien padre o guay o chévere o maravilloso o genial o divino. Y luego pregúntenle a un escritor mayor de cuarenta (los encontrarán en el bar de enfrente o en un ministerio o en una casa de retiro) y verán que en el ochenta por ciento de los casos tiene algún reparo que hacerle, o varios, o todos. (2008: 79-80)

A veces no hay modo de escapar a la tentación de la etiología, y mucho menos del fracaso que supone alcanzar los rigores de verdad que demanda. Exculpándome de antemano, me aventuro arbitrariamente, aunque movido por la ilusión que generan las fechas y las cronologías, a situar una de las primeras manifestaciones de la tradición antidóxica Bolaño cuando aún “lo Bolaño” estaba por nacer. Y a su enunciador, un escritor que, cuando Volpi escribía lo anterior, aún no llegaba a los cuarenta.

En 1998, el chileno es nombrado ganador del premio de novela Jorge Herralde, auspiciado por la editorial Anagrama. El día de la ceremonia parece no haber más de veinte personas en el salón. Las palabras de honor las ofrece una escritora poco conocida en América Latina, pero célebre en España (pronto sería miembro de número de la Academia): Soledad Puértolas. Allí se encuentra en el público Alberto Olmos, quien se convertirá en uno de los tipos clave de una tradición del (dis)gusto hacia Bolaño. Olmos no sólo es el testigo del nacimiento de una estrella sino la encarnación de una suerte de ceguera por el cambio de luz que ocurre de repente cuando Bolaño se convierte en un eclipse total (como diría Anne Carson); esto es, cuando se produce la intersección entre el poeta desconocido y la canonización en avalancha. Más allá de la anécdota que pone a Olmos como perdedor a sus tan sólo veintitrés años frente al ya veterano, pero no tan desconocido —Bolaño le sacaba varios libros por delante—,³ el estar en el terreno, la cercanía, la tangibilidad del proceso de gestación del fenómeno de mitificación deja ver una de las razones de un quiebre entre la imagen de la persona y la figura canonizada por la doxa. El hecho de que Olmos, como muchos otros, haya tenido la “canonización en directo” (así lo escribe él mismo), genera una atrofia en la percepción y, en consecuencia, en la lectura. La violencia implícita en el hecho de que un escritor se convierta en un clásico en vida, a su lado, mientras escucha su voz en su mísera y feliz mortalidad en cada evento o cada café, puede haberlo llevado, como reacción condicionada, a la refracción de su contrincante chileno. Olmos es un lector biográfico de Bolaño, conoce su voz, la ligereza de sus juicios en vivo y en directo. Es un “bocazas”, sentencia (Olmos, 2016), pero quizás no del mismo modo que podría serlo en las anécdotas que cuenta Roberto Brodsky en su *Adiós a Bolaño* (1919)

3 En la edición del Premio de Novela Herralde de Anagrama de 1998 en la que *Los detectives salvajes* resulta ganadora, Albertos Olmos había quedado finalista con el título *A bordo del naufragio*. Entonces el chileno ya había publicado *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* (Anthropos, 1984), *La pista de hielo* (Fundación Colegio del Rey, 1993), *La senda de los elefantes* (Ayuntamiento de Toledo, 1994), *La literatura nazi en América* (Seix Barral, 1996) y *Estrella distante* (Anagrama, 1996).

o en las lecturas simpatéticas y anecdóticas de Mónica Maristain (2015), en las cuales, en efecto, Bolaño no para de hablar, porque en ello se reconoce una de esas actitudes, si no cualidades discursivas, que lo convierten en una persona singular: en una que lleva la logorrea de sus obras también en la lengua del habla. La manera en que Olmos reconstruye la figura del chileno en su memorabilia de 2016 (y donde confiesa su aversión) deja a las claras el efectismo detrás del escorzo y la voluntad de bajar de la cruz a un crístico Bolaño para mostrarlo como el desconocido escritor que entonces era. La mirada es “de tú a tú”, se coloca al mismo nivel, y lo que registra son las ropas acaso anticuadas, el desaliño y los pliegues de la carne enteca, los huesos que apenas sobresalen anémicamente bajo un suéter olvidable por corriente de no haberse instalado en la memoria de Olmos por casi veinte años:

Lo que nunca he olvidado de Roberto Bolaño es su jersey con bolitas. Yo he visto, en definitiva, a un jersey con bolitas volverse mítico. Quiero decir que Bolaño, en la Barcelona de 1998, recibiendo el premio Herralde, era un señor que lo tenía todo para fracasar, eminentemente esas bolitas fruto de un jersey resobado, amén del resto de su indumentaria, vieja y ajada, el rostro magullado por las carencias dentales y la desazón, las gafas desequilibradas y el andar raquítico. (Olmos, 2016)

Estas pinceladas, que bien pudieran recordar a un trasnochado Andrea Mantegna, persiguen la desacralización mediante el detalle biográfico, esto es, mediante una insidiosa biografización (si se me permite el neologismo). Sacar a Bolaño de la obra para presentar a Roberto, recordar en medio de los salones de los premios internacionales españoles al “chaval” más que a la “figura”. Olmos no puede desprenderse de la noción de autenticidad que supone la exposición a la voz hablada, la presencialidad, la coexistencia temporo-espacial. Por tanto, todos los discursos que alimentan la doxa alrededor de Bolaño, incluidos los que el propio autor exorbitó (o estos, sobre todo), le parecen a Olmos de una artificiosidad insoportable.

El artículo que hemos venido comentado apareció en el blog del autor en el diario *El Confidencial* bajo un titular que parece la parodia de un titular: “Bolaño y yo: la historia jamás contada”. Han pasado casi veinte años de aquel premio Anagrama y el autor de *A bordo del naufragio* (por cierto, Anagrama, 1998) viene con el mazo de la confesión a lo Jorge Manrique del “nuevo milenio” a deconstruir el motivo del *ubi sunt*: “¿Dónde estaban entonces, en 1998 y en Madrid, todos esos autores, críticos, lectores y editores que, apenas un año después —y no digamos siete años después— declararían que Bolaño era el mejor escritor del mundo?” (Olmos 2016). La hipérbole y la ironía de esta frase dan crédito y confirman la espectacularidad que prometía el título. Pero también, un argumento: para Olmos, el consenso positivo sobre la calidad de Bolaño se debe más a un efecto populista, a la fuerza de la repetición que propician los discursos de la doxa. Un punto pasa por alto, sin embargo, al hacerse aquella pregunta —acaso porque no es uno que le interesa resaltar—: en 1998 a Bolaño le faltaba por escribir todo *2666*, *Nocturno de Chile*, varias novelitas lumpen y neopoliciacas, una buena cantidad de cuentos, artículos. Es justo con la publicación de *Los detectives salvajes* que Bolaño o sus libros rompen el techo de cristal del localismo y la provincia española. Su regreso a América Latina a partir de entonces potenciará ese sistema doxológico que lo hizo escalar a la altura de un dios pesadilla o un dios sueño, o las dos. Hay un segmento en la confesión de Olmos que toma tintes crítico-literarios, pero sin conseguir escapar del marasmo afectivo que destila el resto de sus alegatos y mucho menos, salirse del ruedo del gusto personal.

Lo genuino no tiene nada que ver con el genio. Qué es esto último si no el gran constructo formulario que se erige en consenso. De algún modo, la animadversión de Olmos termina aportando material a los discursos biografistas que tanto han primado en la articulación de los tipos con los que Bolaño es analogado; a saber,

el yonki, el sudaca, el *trouble maker* (no en balde lo digo en inglés), el guerrero, el paria, el padre de sus hijos, el buen esposo, el mal esposo. Más que nada, Olmos es víctima de la doxa Bolaño y se rebela contra ella. Es así que incursiona (no me atrevo a decir “inaugura”) en esa línea de “lo contra” que tiene por fundamento el lugar común del desafecto, o mejor, del dis-gusto: “Llevo casi veinte años tratando de que me guste Roberto Bolaño. Que *Los detectives salvajes* quedara por delante de mi novela de debut no ha afectado a mi juicio sobre su obra completa” (2016). Esto a nadie le consta.

Un artículo incluso anterior, datado dos años antes del de Olmos, viene a confirmar tanto que el estancamiento en los aspectos biográficos se convirtió en el topos por excelencia de la antidoxa, como la existencia de un amplio diapasón de creencias, estereotipos y discursos que la alimentó al interior del sistema doxológico que dio vida al fenómeno Bolaño. Lo había firmado el novelista Andrés Ibáñez, y si bien se trata de un texto que pretende encomiar al chileno hasta la náusea (incluso de bolañistas, podría asegurar), se apoya en una serie de enunciados tipo que denotan el desafecto y varios de los ideologemas (para usar el término de Angenot) de los que podrían emanar. Así nos introduce Ibáñez en una parte de la doxa española respecto del hombre de 2666.

Hoy, Bolaño, después de la explosión de fama que produjo la aparición de *Los detectives salvajes* y, sobre todo, 2666, ha llegado a convertirse en una figura tan incómoda para tantos escritores (pero también, quién sabe por qué, críticos o historiadores) que hay en marcha una clara reacción anti-Bolaño, un movimiento de los que pretenden *ponerlo en su sitio*. (2014: s/p)

La enumeración de posicionamientos “en contra” esbozada por el novelista madrileño podría ser una invención retórica suya antes que una relación real de formas estereotipadas del fenómeno Bolaño que se asentaron en la doxa española, imaginada así con el objetivo de calzar una defensa literaria que raya en el panegírico. Si Olmos resulta obnubilado por el evento eclíptico que supuso la coincidencia del hombre y la figura frente a sus ojos, Ibáñez parece haber quedado atrapado entre el fuego cruzado de los dos satélites, de manera que le cuesta calibrar con cierta claridad (el eclipse es “distancia”, él está dentro del eclipse) ciertos aspectos tanto del yo biográfico como de la obra.⁴ Sin embargo, el auge que tendrían en varios medios digitales unos años después expresiones como las que apunta ofrece algo de margen para considerarlas un testimonio del discurso informal y oral en su momento.

Alegaba Jean-Louis Dufays que si la doxa se entiende como “expresión” sería posible hablar de una pertenencia a ciertos lugares. El que Ibáñez intenta mostrar es la doxa, o para ser más específico la antidoxa, en la comunidad de lectores españoles. Me atengo también a la enumeración para presentar rápidamente esos tipos. Según Ibáñez, en España hay personas en contra de Bolaño por “no haber ido a la universidad”, dejando translucir no sólo esa creencia compartida por algunos grupos sociales de que el haber cursado estudios universitarios es garantía de cierta superioridad, y trasluciendo ciertos rasgos ideológicos identificables con ideologemas de procedencia elitista. En España —sigue Ibáñez—, había personas en contra por “ser [Bolaño] un colgado con suerte”, para un grupo que, donde unos veían al escritor, ellos no podían desprender de sus retinas la imagen estereotipada del “sudaca” que ha llegado a sus tierras a “lograrlo todo”, a reemplazarlos en sus trabajos y demás expresiones de inspiración xenofóbica e incluso colonialista. Asimismo, habrían estado contra Bolaño porque sus libros no eran lo suficientemente políticos, como para —señala el propio Ibáñez— satisfacer ese cliché de la izquierda española por el cual un latinoamericano progre debía

4 Afirmer que el ascendente directo de Bolaño es Kafka y que comparten la austeridad del estilo y del lenguaje me parece sólo posible bajo los efectos de un eclipse carsoniano.

ser abiertamente marxista, venerar al Che Guevara y ser frontal en la denuncia de las injusticias del poder. Pero también, en contra, por escribir sólo sobre escritores, o por “no tener estilo”, o por escribir sólo para extranjeros (aduce Ibáñez, de parte de algunos chilenos residentes en España). Como se ve, los pronunciamientos “en contra” pueden provenir de sistemas de pensamiento e ideologías disímiles, pero coinciden en la renuncia a la lectura crítica, en la sumisión a la doxa y la suspensión de la “paradoja” (Barthes) como ejercicio generador de sentidos. Esta dialéctica de la que estaría compuesto el sistema doxológico de Bolaño la encontramos planteada en Roland Barthes en una de sus fragmentarias reflexiones sobre la doxa:

Todo parece indicar que su discurso funciona según una dialéctica de dos términos: la opinión común y su contrario, la doxa y su paradoja, el estereotipo y su novación, el cansancio y la frescura, el gusto y el asco: amo/no amo. Esta dialéctica binaria es la dialéctica misma del sentido (marcado/no marcado) y del juego freudiano (Fort/Da): la dialéctica del valor. (1978: 79)

Para el caso Bolaño, esta suspensión del juicio crítico o de la voluntad hermenéutica incide en la manera en que se articula su figura de autor. Como se ha visto en el caso del propio Ibáñez, no han sido pocos los críticos profesionales y estudiosos cuyos trabajos y maneras de emprender la lectura está sancionada, aguijoneada o estimulada por esas formas antidóxicas. Tan es así que incluso me atrevería a decir que es extraño de hallar un caso como el de la doxología Bolaño en el que la no-lectura haya tenido una incidencia tan explícita y significativa. Se trataría de una suerte de grado cero de la lectura de cuyo silencio o radicalidad vacía producen expresiones artificiales de “lo bolaño” que luego se instalarán en la doxa como presuntas verdades. El siguiente pasaje del texto de Ibáñez puede resultar familiar a cualquier lector frecuente del chileno en la primera década de los 2000:

Conozco a muchos escritores que odian a Bolaño aunque *no lo han leído*, o aunque han leído sólo sus obras menores para poder hablar con cierto conocimiento de causa pero no envenenarse la sangre. Conozco a autores de generaciones anteriores que sienten rabia ante este jovencito mal afeitado y a todas luces cutre que de pronto es considerado un genio. [...] Conozco a escritores que no han leído *2666* con excusas tales como que es una obra “inacabada” (no lo es). Y a innumerables autores, críticos y profesores que hablan con desdén de un supuesto “proceso de beatificación” de Bolaño, que hace necesaria, al parecer, una “desmitificación” severa. Porque en España la admiración es sinónimo de estupidez y el genio siempre es castigado. (2014: s/p, el subrayado me pertenece)

Ciertamente, los discursos mistificadores alimentaron la doxa lo suficiente como para que se constituyeran en punto de partida o filtro a través del cual leer las obras. Más allá de esto, el recorrido de Ibáñez nos ofrece ese otro germen de la antidoxa Bolaño que se origina en una dimensión ideológica de la lectura. Llevados por la contemporaneidad, esta negación es el resultado de incorrespondencias entre las lecturas utilitarias y las urgencias de lo actual. Esa especie de desencuentro generado por una ansiedad o nostalgia del bovarismo social tiene sus raíces en la literatura *engagée*. La literatura de Bolaño, curiosamente, ha sido saqueada desde este presupuesto, sobre todo en nombre de las nuevas causas ideológicas de la academia más militante que hurga para hallar las demandas de los activismos políticos, en ocasiones, aun descuidando la actividad propiamente literaria que hace posible semejante identificación.

Cuando se trata del fenómeno Bolaño las reacciones opuestas se tocan. Es una manifestación constitutiva de los clásicos, y en especial, de este chileno. Sirven a tirios y troyanos, pues, después de todo, es difícil despojarse de ese previo fervor que nos lleva hasta ellos. Si los detractores por cuestiones de ideología van a insinuar un tipo

de oposición, el exceso de identificaciones o analogías drásticas (Carson, siempre) genera una antipatía reactiva de lo *mainstream*. Asegura el escritor Rodrigo Fresán que Bolaño no alcanzó la posteridad, sino que le llegó la “popsteridad” (Pron, 2011: s/p).

La respuesta de Alberto Olmos a esa nueva centralidad de la doxa pro-bolaño fue la irónica —y anacrónica— pregunta por dónde estaban los adeptos y canonizadores de Bolaño cuando era casi un total desconocido en 1998 en una sala semivacía recogiendo el premio Herralde. Su respuesta destila una nueva fuente que incluso escapa a la ideología y que se interna en el entramado de los afectos: “Supongo que esperando a que se hiciera famoso para poder confesar que lo llevaban apoyando desde el principio” (Olmos, 2016: s/p). De no percibirlo así, no podría entenderse este juego de máscaras donde Olmos parece haber perdido todo contacto con las epistemes y las lógicas que funcionan al interior de una comunidad cultural.

Dejando para otra ocasión una mirada a la antidoxa desde esta perspectiva de los afectos, podemos avanzar asegurando que la ironía de este archienemigo de Bolaño, célebre por como tal (yo personalmente lo conocí por ello), vino a inflamar aún más el conjunto de ideologemas que nutrían el fenómeno de legitimación; esa ola de maneras totalitarias que generó la ilusión de centralidad y dominio, que parecía normativizar el juicio y el gusto, que dividía facciones y sumaba adeptos con la misma rapidez que generaba detractores.

“No me gusta” o el grado cero de la lectura

Yo que me veo imposibilitado de renegar o mal juzgar la *popsteridad* de Bolaño —no seré un purista de la “grandeza estética”—, sí quiero resaltar que, como reacción a ella, acaso nunca vista desde la oleada de García Márquez, proliferó una actitud basada en una precomprensión de la literatura como arte privativo de apreciar por pequeñas y selectas minorías; es decir, la literatura como producto para una cierta élite. De repente, varias expresiones dejaron escapar el signo de una serie de lectores auráticos de la literatura moderna (no modernista; o sea, entiéndase por esto la literatura del *boom* que es nuestra *modern literature*) o de la tradición literaria occidental que se ven apelados a denostar el *mainstream*. Muchos de estos, presas de fórmulas lógico-culturales convencionales y conservadoras del tipo de las que perviven en ideas como “la literatura de ahora no es la de antes” (glorificando muchas veces al emporio estético del *boom*), o “si un escritor es comercial no puede ser bueno” (sobre la base de la oposición que demoniza el mercado y sacraliza cierto tipo de calidad), o —una última— “si lo lee todo el mundo no debe ser bueno” (bajo lo cual se esconde ese rechazo a lo que está de moda y a lo popular desde un elitismo del gusto, por decir lo menos).

La contradicción implícita en el hecho de que Bolaño pueda ser latinoamericano y obtener todo el éxito en el meridiano europeo (visión desfasada por lo global), que pueda ser a la vez celebrado por la crítica especializada y arropado por el éxito comercial, que se parezca por momentos a ciertas páginas del *boom* y otras al cuaderno de un adolescente setentero, y una larga lista de aserciones de esta naturaleza, son esgrimidas por comentaristas o “reaccionadores” (pienso en el metalenguaje relativo a las redes sociales) de las obras de Bolaño en diversos medios digitales, generalmente blogs personales, como justificación de su ojeriza y una exhortación a la no lectura. De algún modo, el fenómeno totalizante de Bolaño estimuló una suerte de excentricidad performativizada, una pose que no por lateral es menos contable en la antidoxa. El fenómeno contenía la rebelión al fenómeno.

Un prolífico escritor colombiano radicado en México de nombre Marco Tulio Aguilera lanzó por allá por 2010 en su blog una embestida antibolaño con la puerilidad punk de un adolescente ladrón de tumbas:

Bolaño ofrece un mundo sin sentido y sin color: escenas tras escenas sosas se van en una antología de bobadas más dignas de lástima y llanto que un niño atropellado. Las voces son todas monótonas. Un solo personaje rescato: el alemán medio tonto llamado Heimito. Esta dizque novela es una avalancha interminable de naderías. Ya lo dije una vez: o el mundo está imbécil al exaltar a este monumento al ocio improductivo, al promover a este atentado contra la naturaleza y al ofender al dichoso y escaso tiempo dichoso de lectura... o el imbécil soy yo. (2017: s/p)

He de destacar acá que la nota (presentada como artículo) terminaría respaldada por acaso un centenar de comentarios de lectores, gracias al efecto acumulativo del tiempo y el algoritmo en Internet. Pasados los años, este mismo escritor decidió republicar su diatriba en otro blog de su propia autoría (ya el original no está accesible) a manera de autorrescate. Esta nueva versión aparece acompañada al calzo por algunos de los comentarios que en su mayoría respaldaban su dis-gusto y que fue acumulando el post a lo largo del tiempo. Sin detenernos a comentar el propósito de copiar un post más los comentarios adosados en otro post varios años después, el texto empezaba con una expresión o un gesto que se haría *leitmotiv* en este tipo de actitudes en contra. Marco Tulio Aguilera, con mucha más torpeza que Olmos antes, apelaba al escándalo asumiendo que habría alguno: como si en la palabra estuviera la cosa. Erigiéndose en una anhelada excentricidad, esta posición se regodea en su condición de *outsider*, de rebelde y marginal frente a un consenso: “Alguien tiene que decirlo. Lo voy a decir yo, que ya tengo la costumbre kamikaze de tirar la piedra y mostrar la cara” (Aguilera, 2017: s/p). Ignoro cuánto alcance pudo haber conseguido esta publicación en la web. Será materia para los entendidos del futuro Meta lidiar con los algoritmos para rastrear variables de investigación. Pero lo cierto es que al menos la *performance* de lo contra, en las plataformas digitales, se convirtió en una constante de expresión de la antidoxa Bolaño.

Otra escritora, chilena ella, residente en Estados Unidos, y de nombre Andrea Amosson, empezaría su invectiva de manera similar: “Ya está, lo dije públicamente y veo que no me desintegré en mil átomos” (s/f). Si bien es cierto que la *performance* en estos casos no carece de autoconciencia, también lo es que con ella sus actores y enunciadores incurren en la mitificación del fenómeno Bolaño, insuflan flama a la fama, digamos. Incluso, a juzgar por los juicios emitidos, los pocos argumentos que se aventuran, la indiferencia ante el diálogo detenido con pasajes de las obras, y demás. Todo parece indicar que este tipo de negación es imputable en cierto sentido a un desajuste entre un horizonte de expectativas de naturaleza estética y esa compleja articulación que es el estilo bolaño. En el farragoso dominio del gusto, lugar opuesto a la totalidad, y donde acaso el límite sea su cualidad topológica por excelencia, la transposición del dominio de la empatía a la del juicio puede convertirse en un abismo infranqueable en donde el gesto “en contra” quizás venga a constituirse en un nada improductivo componente axiológico.

En otro sentido, el fenómeno Bolaño coincidió con el auge de Twitter y demás redes sociales. Aprovechando que los escritores estaban teniendo una presencia mayor en Internet, y ampliando su alcance a través de sus blogs personales, algunas publicaciones literarias comenzaron a coordinar diálogos o entrevistas de estos con sus lectores. Las condiciones pragmáticas de la plataforma usada para el intercambio sancionarían también las características de la enunciación. Las preguntas y respuestas se arrojaban a ritmo de palmas de un lado a otro durante un corto período de tiempo (una hora, pongamos). No había espacio ni tiempo para largas explicaciones ni para elaborar, redactar y mucho menos

responder con argumentos demasiado complejos o elaborados. El juicio literario y la configuración de la figura de escritor, de momento, arribó a otro nivel de la cultura de masas. El tema Bolaño, en el candelerito en los años 2000, aparecía con cierta frecuencia en estas conversaciones. No importa qué escritor fuera el de turno, algún usuario en el chat en cualquier momento lanzaría la pregunta: “¿qué crees de Bolaño?”. Por supuesto, ha de haber lugares con condiciones materiales más favorables para la explosión de manifestaciones de la doxa que las redes sociales de Internet. La antidoxa Bolaño halló aquí un laboratorio para reproducirse.

Los ejemplos pueden ser legión y —otra vez— algún investigador al que le interese tendrá que asumir el riesgo de estudiar este fenómeno. Me contento aquí con mostrar dos casos. El primero que comento fue organizado por *Babelia*, el célebre suplemento literario del periódico español *El País*. El ciclo de “entrevistas digitales” todavía puede consultarse en su web. Reproduzco la efímera presencia de Bolaño en uno de estos:

27Roque21/02/2013 06:04:01

¿Qué opinas de gente como Sergio Pitlor o Roberto Bolaño?

No me gusta Bolaño, ni entiendo la Bolaño Fever, pero Pitlor me ha dado grandes momentos de lectura. (Velasco, 2017: s/p)

El encuestado por los lectores es el mexicano Xavier Velasco. Unos mensajes más arriba había declarado: “No estoy en una corriente porque no me gusta que el río me arrastre” (2017: s/p). Aferrándose a ese ideologema antipopulista del *mainstream*, Velasco se abstiene de incurrir en el flujo Bolaño. Se ignora si lo leyó o no, y mucho menos por qué no le gusta. Los límites, tanto en estas encerronas en vivo como en los predios del gusto, están demasiado visibles. En cualquier caso, la expresión antidóxica de Velasco constituye una vez más una reacción a la doxa misma que se hacía un hongo expansivo sobre los años cero.

Algo similar hallamos en otro intercambio en Twitter, ahora con una “figura” de la industria y del comercio del libro también en España. Se trata de un pequeño intercambio entre un usuario que se identifica con el nombre de Torre fuerteMar con nada más y nada menos que Arturo Pérez Reverte:

—Torre fuerteMar: ¿Tan blando como para aceptar que Roberto Bolaño fue un gran escritor?

—Ésa es mi línea roja. Bolaño me aburría vivo y me sigue aburriendo muerto. No estoy a la altura de su obra. Creo.

—Torre fuerteMar: Parafraseándolo a usted: “Es un error grave mirar el presente con los ojos del pasado”. Aceptelo, Bolaño un grande en la literatura.

—Por eso digo que no estoy a su altura como lector. Un saludo.

—Veromaggi: Un poquito de respeto no viene mal.

—Señora mía, he dicho muy respetuosamente que no me gusta Bolaño. ¿Quiere que se lo cante con música de ópera? (Moradan, 2017: s/p)

Se sabe que Pérez Reverte y Bolaño nunca llegaron a tenerse estima el uno al otro como escritores.⁵ El contenido del intercambio citado convendría mejor al terreno

⁵ En la famosa “última entrevista” concedida por Bolaño a Mónica Maristain, y publicada originalmente en *Playboy* México en 2003, se puede leer:

—¿Qué le produce el hecho de que Arturo Pérez Reverte sea actualmente el escritor más leído en lengua española?

—Pérez Reverte o Isabel Allende. Da lo mismo. Feuillet era el autor francés más leído de su época.

—¿Y el hecho de que Arturo Pérez Reverte haya ingresado a la Real Academia?

—La Real Academia es una cueva de cráneos privilegiados. No está Juan Marsé, no está Juan Goytisolo, no está Eduardo Mendoza ni Javier Marías, no está Olvido García Valdez, no recuerdo si está Álvaro Pombo (probablemente si está se deba a una equivocación), pero está Pérez Reverte. Bueno, (Paulo) Coelho también está en la

—como antes había sucedido con Alberto Olmos— de los afectos. Como aquí sólo nos estamos acercando, y superficialmente, a los enunciados que denuncian ciertas creencias aceptadas como verdad y reproducidas acríticamente, o ciertas doxas personales, no queda más que apuntar la evidencia del empleo de uno de los motivos recurrentes asumidos en las opiniones “en contra” de Bolaño: el del aburrimiento. Luego, vendrá la muestra de falsa modestia, máscara en cara ya del entrevistado. En cualquier caso, ambos ejemplos citados sugieren cuán propicio para la antidoxa Bolaño fue la emergencia de las redes sociales. Sus características hicieron posible que ciertos códigos de conducta, enunciativos y doxológicos, propios de espacios analógicos e informales (el bar, el cóctel, el café, la tertulia) llegaran a los vehículos digitales y, por tanto, a potenciarse en alcance e incidencia en los lectores o receptores.

Los estudios literarios tienden a desdeñar la dimensión doxológica que se manifestó en los blogs, las redes sociales y los intercambios por chats públicos a la hora de pensar el fenómeno Bolaño. Después de todo, nos gana la preconcepción de que el medio legitima el mensaje, y desdeñamos, en correspondencia con ciertas normas o paradigmas del ejercicio crítico y de la verdad, que desmerece la atención, esa sintaxis del gesto y la voz, de la *performance* más que del mensaje. Sin embargo, a los efectos de este artículo creo que no es descabellado establecer que, en cierta medida, esa tradición performática de “lo contra”, que perseguía desalentar la lectura de Bolaño (ya sabemos que inútilmente), está ligada a la que reclamaba, por otra parte, leer contra Bolaño como principio heurístico, como método crítico; ya no sólo colocándose en las antípodas de esa antidoxa, a veces cuasi-ágrafa (esa no le importa), sino abriendo los ojos de la sospecha frente al devenir torrencial de discursos presuntamente autorizados, institucionalizados, establecidos, que cincelaban la figura Bolaño.

“Lo contra” como dispositivo para superar la doxa

Hasta donde he podido alcanzar a investigar, uno de los primeros que se inscribe en esta corriente de proclamadores de “lo contra” como método heurístico es el novelista español Javier Cercas, acaso de manera fundacional. Curiosamente, uno de los que contribuyó al mito Bolaño (o precisamente por ello), al convertirlo en un personaje de su novela *Soldados de Salamina*, nos habla de la verdad de las mentiras —la de la ficción, claro, Vargas Llosa, por supuesto—, para, de este modo, poner en entredicho la leyenda pop que se tejía fuera de los libros. Era apenas 2007 y Cercas distingue entre las lecturas del yo “valiosas”, fieles a la dimensión autobiográfica que el propio chileno desperdigó legionariamente en sus libros, y esas otras que, alimentando la leyenda del yo igualmente, traicionan la palabra del propio Bolaño en su imagen mesiánica. Y aquí ya está la primera advertencia: léase contra la leyenda, el mito, hágase la criba: sí Bolaño, no al bolañismo.

Casi cuatro años después de su muerte, la leyenda de Roberto Bolaño continúa.
Me refiero a la leyenda que unos y otros empezaron a construir desde el mismo

Academia brasileña. (Bolaño, 2011: 329-343)

Por su parte, en 2009, Pérez Reverte se refería de esta forma a Bolaño, en su columna “Patente de Corso”, que llevaba en el diario *El Semanal*: “Comentaba esto con Javier, como digo, mientras despachábamos sendos filetes empanados. No solemos hablar de literatura propia ni ajena, pero esa noche íbamos por ahí. Yo mencioné a Roberto Bolaño. Como ya dije alguna vez en público, es un autor que me parecía —a mí, no a Javier— increíblemente avinagrado y aburrido cuando estaba vivo, y me lo sigue pareciendo muerto. Lo de avinagrado se explica porque en vida nadie le hizo caso ni compró sus libros; eso lo malhumoró mucho y solía meterse con otros autores como si ellos tuvieran la culpa. El caso es que, con el filete empanado a medias, puse a Bolaño como ejemplo. Aparte de que a mí me guste o no, dije, tiene guasa el asunto. Lees algunas columnas actuales de animadores culturales españoles y resulta que Bolaño es imprescindible. Eso, casualmente, ahora que su agente literario le ha montado una bestial promoción *post mortem nulla voluptas* en Estados Unidos. Podían haberlo dicho cuando estaba vivo y sin agente, digo yo. Ayudándolo a vender más libros y a tener menos mala leche” (2009).

momento de su muerte, claro está, no a la que el propio Bolaño escribió en el frenesí monástico de sus últimos años tras una vida entera consagrada con tenacidad a la literatura. Como su propio nombre indica, ambas leyendas no se ajustan a la realidad, pero la que escribió Bolaño tiene la inmensa ventaja de que es, en cierto sentido, más verdadera que la verdad, mientras que la otra es en lo esencial mentira o es una mentira forjada con ingredientes de la verdad, que es la forma más cabal de la mentira. La leyenda que Bolaño construyó en sus libros vivirá muchos años, o eso es lo que yo creo; la que han construido los otros se esfumará pronto, o eso es lo que yo espero. (Cercas, 2007)

El artículo de Cercas (“Print the legend!”) recolecta una serie de argumentos esgrimidos contra la obra y el autor. Tratando de sacudir a Bolaño del excepcionalismo que tanto adoradores como detractores le endilgaban, Cercas propone convertir los defectos en virtudes literarias. El método que utiliza y pone sobre el tapete es una de las ganancias de su embestida. Ante la eclosión doxológica y los juicios del gusto en estampida, el novelista español llama a la mirada hermenéutica. En una clara defensa de la lectura atildada y crítica, Cercas pone en escrutinio los lugares comunes de esa figura que crece como un globo aerostático, y al que se le quieren adosar todos los discursos doxológicos del mundo occidental. Hay una verdad en medio de esa gran masa de aire, y sólo pinchando la superficie (dóxica), haciendo de pésimo jardinero, podremos conservar esa figura que el propio Bolaño nos entregó en sus textos: esta sería su tesis. A lo largo de los años, la demanda de Cercas sería tremendamente atendida por una nada desestimable cantidad de lectores biografiistas (y no) del autor de *Los detectives salvajes*.

En 2011, por su parte, Patricio Pron va a ser aún más concreto al publicar “Roberto Bolaño, ‘superstar’”. Igualmente en alerta ante la dimensión global que había tomado su figura de autor, a la que cada territorio (imaginario) le moldeaba su propia máscara mortuoria (Sontag, Oprah Winfrey, el rebelde pop, y todo un gran artefacto sistémico de institucionalización editorial y académico), su llamado es a desnormalizar y descentralizar la figura, sacarle todas las lentejuelas y ver todo lo que queda a la sombra de los demasiados reflectores: “Leer con Bolaño y contra Bolaño reivindicando, contra la unanimidad que tanto fastidiaba al chileno, su peligrosidad, que es la de todo gran escritor, y el desafío radical que su obra, que se resiste aún a ser normalizada, representa para las instituciones literarias y para los lectores” (Pron, 2011). Aún acá, Pron remite a un principio de autoridad bolañocentrista: apegarse a la rebelión antiinstitucional del chileno, a su fe vanguardista, a lo que él mismo consideraba que debía ser la literatura, cómo leía la de otros para entender cómo leer la suya.

Pero el tiempo pasa y, aunque parecía imposible, Bolaño —como la canción de Pablo Milanés— se va poniendo viejo. Y el hastío alcanza incluso a los bolañistas críticos, los de academia, los de carrera, a la generación que lo tuvo en su mochila por años. Llegó el momento en que 2666 emerge como un corcho en la superficie del día y sólo sirve para usar como soporte de la laptop en la recámara de una estudiante de posgrado en Estados Unidos —o en México o Perú o en Cuba (si hubiera)—. Los bolañistas también crecen y Bolaño empieza a ser un libro de nuevo. Christina Soto van der Plas, nacida en Ciudad de México en 1989, ya no necesita leer en contra ni ponerse en contra. Es la representante de un hastío natural que tendrá que ver con un Bolaño generacional, o con los movimientos de sensibilidades lectoras. Soto van der Plas encarna el gesto de dejarlo ir, porque, en el viaje siempre cambiante y efímero del gusto, la experiencia vital y de la cultura le ha cultivado otra sensibilidad a la que Bolaño,

definitivamente, no interpela. ¿Habrá encontrado el autor de *Los detectives salvajes* al fin esos límites tan escrutados por Felipe Ríos Baeza y Oswaldo Zavala?⁶

Ya no leo a Bolaño porque me cansé de su mismidad y porque la literatura que me da las piezas para decirme lo que debo de concluir me convierte en el tipo de lectora pasiva que nunca quiero ser. Ya no leo a Bolaño porque sus historias que se van por las ramas no llegan a tener consistencia y porque sus narradores voluntariosos e irónicos ya no me entretienen como antes. Ya no leo a Bolaño porque tanta crítica de su obra turbó mi capacidad de leer de formas más intuitivas. Ya no leo a Bolaño porque C necesita un librote del tamaño correcto para apoyar su computadora y poder trabajar. (Soto van der Plas, 2020)

Para la joven Van der Plas, nada más sáurico que la energía mesmerizante del “bulto masivo de 1125 páginas” al que David Kurnick vio atravesar las noches sobre la mesa de la cocina en un departamento de estudiantes un verano de 2006 en Barcelona. En su ensayo “Roberto Bolaño y los juegos del gusto” (2022), este último describe su propia aventura lectora de los libros del chileno como una experiencia que se fue operando al compás de las pugnas extremosas y los conflictos de opinión. Se podría decir que, cuando Kurnick conoció al dinosaurio, la pesadilla ya estaba allí. El ahora académico de la Universidad de Rutgers busca explicar en este exquisito ensayo de 2022 su propia escalada hacia el goce estético frente a una serie de críticos y estudiosos que, por una razón u otra, mostraron ya la animadversión, ya la reticencia, ya la sospecha, hacia los atributos que los partidarios de Bolaño compartían para dar sostén a su experiencia de goce. Los nombres de reconocidos y entendidos aparecen delineados aquí, y analizados con los dejos de sistematicidad del también estudioso. Sarah Pollak, un tal Dwight Garner (columnista del *Times*), un articulista de *Esquire*, la traductora Verónica Esposito, la consabida Jean Franco, o el novelista Jorge Volpi son algunas de las voces en las que Kurnick detecta manifestaciones de “lo contra”, apoyadas en alegaciones tan diversas como la presunción de estulticia, por incompreensión, en los lectores angloparlantes (horizonte cultural y lingüístico del que proviene el autor), víctimas de los tejemanejes del mercado; o la ligereza “pop” y contracultural tan explotada en el imaginario estadounidense; o el desfase que suponía apelar a los discursos latinoamericanistas y la reconstitución de la Historia para entender los entresijos emocionales y existenciales en un contexto en que los contemporáneos literarios, nacidos en los años 50 y 60, estaban apostando al cosmopolitismo y a los discursos de la globalización.

Detrás de este artículo publicado por la revista *Nexos*, en traducción del propio Kurnick, se halla un libro completo editado en 2022 por Columbia University Press —y aún sin traducir al español— que ha hecho las delicias de algunos bolañistas en la academia estadounidense. Desconozco si ese nuevo estudio está informado por la misma sensibilidad que le hizo detectar al lector Kurnick (antes que al profesor) esos ribetes envenenados de los detractores críticos de Bolaño. Lo que sí he tenido la fortuna de comprobar es la coincidencia que supone la publicación también en 2022, pero en el otro extremo del continente, de un libro que firma el crítico e investigador chileno Carlos Walker bajo el título *Contra Bolaño*.

Así, sin siquiera un subtítulo explicativo. En cubierta, cuadro blanco sobre fondo púrpura. Al interior, ni una sola nota al pie. Como si Walker, además de aludir desde el título a la tradición “en contra”, se propusiera performativamente asumir la negación de una estructura editorial, tipográfica, textual que modela no sólo el conocimiento sino también la manera de acceder a él y, sobre todo, de transmitirlo. A diferencia de Kurnick, este nuevo caso omite explicar el porqué es necesario leer en contra,

6 Cfr. Ríos Baeza (2013 y 2016) y Zavala (2015).

como si lo diera por sentado, como si el vacío de lectores y lecturas, vaticinado por Christina Soto van der Plas en su crónica de abandono e indiferencia, fuera un hecho consumado. Por el contrario, abre exponiendo con precisión sus dianas para desde ellas reivindicar y perpetuar una tradición heurística y hermenéutica del contra.

En lugar de mirar a los agentes o sujetos de opinión crítica, y explotar sus respectivos *backgrounds* (geopolíticos, culturoológicos, identitarios, estéticos), Walker diagnostica selectivamente los argumentos arquetípicos y las incrustaciones simbólicas que han instruido el fenómeno Bolaño: ese micromundo doxológico que aunque informado fue concibiendo los lugares comunes y las nuevas verdades asumidas como tales y repetidas en los circuitos tenidos por legítimos. Más que una auscultación de las enunciaciones “negativas”, el ahora profesor de la Universidad de Buenos Aires se apropia del gesto y los presupuestos de la tradición “en contra” para desmarcarse y obrar ensayando, fragmento a fragmento, anverso por reverso. No se trata entonces con Walker de un defensor egótico y afectivo de la calidad o el valor (de hecho, escribe en cursiva el *yo* para negarlo: el de Bolaño y el de sus lectores), sino de una experimentación y una exhortación a una lectura postbolañismo. Como sólo puede ser con este *post*, esto implica leer contra la lectura académico-científica, la ideológica, la globalizante, la nacional, la comercial, la editorial. Incluso, y en principio, contra la que el propio Bolaño urdió sobre él (Walker, 2022). Y es en este punto donde este otro chileno funde aquellos gestos cuasi ágrafos, performáticos de la antidoxa al interior de la tradición “en contra” (gacetilla, blogs, comentarios de redes sociales) con el reclamo de Cercas, Pron, Kurnick y muchos otros (entre los que me identifico).

Volver a los argumentos de las novelas, a retrazar los mapas que ellas permiten fuera de las estructuras mentales, culturales y discursivas, abominar de las calmadas genealogías, recircular las listas, poner en diálogo bibliografía con grafiti, recomponer el estatuto de ese eclipse formado por las varias capas de la vida y las varias capas del texto, puede ser una estrategia para leer todavía a Bolaño. Para el que quiera, para el que sea interpelado, para el que incluso necesite utilizarlo durante el verano para calzar una computadora o un ventilador. Leerlo desleyéndolo.

Bibliografía

- » Aguilera, M. T. (2017). Bolaño sobrevaluado y devaluado (Según MT). *Descabezadero*, 11 de enero. En línea: <<https://descabezadero.blogspot.com/2017/01/bolano-sobrevaluado-y-devaluado-segun-mt.html>> (consulta: 11-10-2023).
- » Amosson, A. (s/f). Lo confieso: no me gusta Bolaño. *La nota latina*. En línea: <<https://www.lanota-latina.com/lo-confieso-no-me-gusta-bolano/>> (consulta: 11-10-2023).
- » Velasco, X. (2013). Entrevista con Xavier Velasco. *El País. Ciclo Babelia*, 21 de febrero. En línea: <https://elpais.com/cultura/2013/02/21/actualidad/1361462400_1361472266.html> (consulta: 11-10-2023).
- » Barthes, R. (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Kairós.
- » Bolaño, R. (2011). Final: “Estrella distante” (entrevista a cargo de M. Maristain). *Entre paréntesis*, pp. 329-343. Anagrama.
- » Brodsky, R. (2017). *Adiós a Bolaño*. Rialta.
- » Candia, A. (2006). 2666: la magia y el mal. *Taller de Letras*, núm. 38, pp. 121-139.
- » Candia, A. (2010). Todos los males el mal. La “estética de la aniquilación” en la narrativa de Roberto Bolaño. *Revista Chilena de Literatura*, núm. 76, pp. 43-70.
- » Carson, A. (2014). Totalidad: el color del eclipse. *Decreación*. Trad. J. L. Clariond. Edición bilingüe. Vaso Roto.
- » Cercas, J. (2007). Print the legend! *El País. Babelia*, 13 de abril. En línea: <https://elpais.com/diario/2007/04/14/babelia/1176507550_850215.html?event_log=oklogin> (consulta: 11-10-2023).
- » Corral, W. H. (2001). Novelistas sin timón: exceso y subjetividad en el concepto de novela total. *Modern Language Notes*, vol. 116, núm. 2, pp. 315-349.
- » Dufays, J. (2002). Received Ideas and Literary Reception: The Functions of Doxa in the Understanding and Evaluation of Texts. *Poetics Today*, vol. 23, núm. 3, pp. 443-464.
- » Espartaco, D. (2013). Del country al Grand Theft Auto: Daniel Espartaco. Entrevista a cargo de C. Moreno. *El Economista*, 12 de abril. En línea: <<https://www.eleconomista.com.mx/arteseideas/Del-country-al-Grand-Theft-Auto-Daniel-Espartaco--20130411-0051.html>> (consulta: 21-10-2023).
- » Foucault, M. (2014). ¿Qué es un autor? Zapata, J. (comp.), *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial*, pp. 33-48. Universidad de Antioquia.
- » Gras Miravet, D. (2005). Roberto Bolaño y la obra total. AA. VV., *Jornadas Homenaje Roberto Bolaño (1953-1993)*, pp. 51-73. Simposio Internacional. ICCI.
- » Ibáñez, A. (2014). Sobre héroes y tumbas o por qué Bolaño es grande. *Revista de Libros*, 2 de enero. En línea: <<https://www.revistadelibros.com/sobre-antiheroes-y-tumbasno-por-que-bolano-es-grande/>> (consulta: 20-10-2023).
- » Kurnick, D. (2022). Roberto Bolaño y los juegos del gusto. *Nexos*, 1 de noviembre. En línea: <<https://www.nexos.com.mx/?p=70275>> (consulta: 1-5-2024).
- » Maristain, M. (2015). *Bolaño: el hijo de mister Playa*. Treintayseis.

- » Martínez, T. E. y Auster P. (2007). Encuentro en Nueva York. Paul Auster y Tomás Eloy Martínez. *Apostillas Literarias*, 13 de agosto. En línea: <<https://apostillasnotas.blogspot.com/2007/08/encuentro-en-nueva-york.html>> (consulta: 21-10-2023).
- » Moradan, R. (2017). 50 tuiteos sobre literatura (42). *Zenda. Autores, libros y compañía*, 16 de junio. En línea: <<https://www.zendalibros.com/50-tuiteos-literatura-42/>> (consulta: 21-10-2023).
- » Moreno, F. (Coord.). (2005). *Roberto Bolaño, una literatura infinita*. Université de Poitiers-CNRS.
- » Olmos, A. (10 de abril de 2016). Bolaño y yo: la historia jamás contada. *El Confidencial*. En línea: <https://blogs.elconfidencial.com/cultura/mala-fama/2016-10-04/bolano-y-yo-la-historia-jamas-contada_1269498/> (consulta: 20-10-2023).
- » Pérez Reverte, A. (21 de junio de 2009). Oportunista de lo imprescindible. *El Semanal*. Columna “Patente de Corso”. En línea: <<https://arturoperez-reverte.blogspot.com/2013/05/oportunistas-de-lo-imprescindible.html>> (consulta: 20-10-2023).
- » Pron, P. (22 de enero de 2011). Roberto Bolaño “superstar”. *ABC Cultural*. En línea: <https://www.abc.es/play/cine/abci-coverpron-201101220000_noticia.html> (consulta: 11-10-2023).
- » Ríos Baeza, F. (2013). *Roberto Bolaño, una narrativa en el margen: desestabilizaciones en el canon y la cultura*. Tirant lo Blnach.
- » Ríos Baeza, F. (2016). *Roberto Bolaño. Una narrativa en el margen II. Espacios, tiempos y personajes “marginales” en su obra*. Tirant lo Blanch.
- » Rodríguez Reyes, R. (2010). *De la “novela total” al expediente Bolaño: la puesta en crisis de un concepto en Los detectives salvajes*. Tesis de Grado. Universidad de la Habana.
- » Salas Camus, P. P. (2018). *2666: en busca de la totalidad perdida*. University of North Carolina Press - A Contracorriente.
- » Soto van der Plas, C. (2020). Por qué ya no leo a Bolaño. *Tierra Adentro*. En línea: <<https://tierraadentro.fondodeculturaeconomica.com/por-que-ya-no-leo-a-bolano/>> (consulta: 15-10-2023).
- » Volpi, J. (2008). Bolaño, epidemia. *Revista de la Universidad de México*, núm. 49, pp. 77-84. En línea: <<https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/5b764f19-803a-41f4-9dd4-1d71567bffa1/bolano-epidemia>> (consulta: 03-10-2023).
- » Walker, C. (2022). *Contra Bolaño*. Lectura.
- » Zavala, O. (2015). *La modernidad insufrible: Roberto Bolaño en los límites de la literatura latinoamericana contemporánea*. University of North Carolina Press.